

Editorial

El SIDA

El SIDA no infecta a todos, sin embargo nos afecta a todos. Este eslogan me parece muy acertado.

La difusión del VIH-SIDA ha rebasado nuestros miedos más pesimistas. Más o menos 40 millones de hombres, mujeres, niños conviven actualmente con esta enfermedad. La mayoría de ellos con una edad menor de 25 años. Un millón de niños son ceropositivos. La epidemia continúa creciendo, a pesar de que mucho se podría hacer para frenarla: educación y prevención. Algunos países ofrecen un modelo a seguir (Tailandia, por ejemplo: allí hay una disminución en el número de nuevas infecciones).

Lo que más impacta es el hecho de que afecta a personas en la flor de su vida como padres y trabajadores – por lo general, las demás epidemias golpean a las personas “débiles”: los muy jóvenes y los ancianos –; el factor edad mina a profundidad las bases económicas y sociales de las familias. En muchos Países los huérfanos constituyen un serio problema, no sólo desde un punto de vista social y económico, sino también por las repercusiones psicológicas y espirituales en el crecimiento de la persona. En África Sub-Sahariana, el SIDA amenaza comunidades enteras y enteras economías, de por sí ya precarias.

También en nuestra realidad social el VIH-SIDA representa un desafío entre los más importantes a nivel social y de iniciativas de salud.

Debemos añadir, además, que la infección de VIH-SIDA representa un cuestionamiento a nuestro estilo de vida, de educación-formación de los jóvenes, de adhesión a los valores. No podemos callar el hecho de que la infección se propaga ante todo a través de las relaciones sexuales; en un reciente encuentro de pastoral de la salud, en Tlaxcala, se nos decía que el 99% de las nuevas infecciones en México, acontecen por medio de la *vía sexual*. Sería superficial e injustificado atribuir el contagio sólo a conductas *viciosas* y *depravadas*; sin embargo no podemos evitar una denuncia: la de un manejo irresponsable de la sexualidad, la de una falta de valores, y en particular el respeto de la vida y salud de la pareja.

Problema complejo, que involucra aspectos médico-clínicos, de asistencia, de educación y prevención primaria, económica y social, éticos y religiosos: el VIH-SIDA suscita y cuestiona nuestro modo de vida, de percibir los fenómenos sociales, de imposter la educación de los jóvenes, de verificar el trato que se les ofrece a las personas infectadas. ¿Y la Iglesia Católica? A pesar de una campaña de desprestigio que se ha desatado en algunos medios de comunicación, debemos admitir – con un cierto orgullo – que está en primera línea en las iniciativas de prevención y asistencia. Recientes estadísticas nos informan que estructuras de la Iglesia Católica ofrecen, a nivel mundial, su asistencia al 25% de las personas con VIH-SIDA; debemos calcular que los católicos son sólo el 17% de la población y que los católicos son una minoría en muchos de los Países con la mayor tasa de contagio. Podríamos ver en esta situación algo esquizofrénico: se nos pide que seamos los Buenos Samaritanos (y con gusto y riesgo muchos lo hacen), pero no se acepta que se denuncien las conductas a riesgo o las iniciativas de prevención que muestran una impostación parcial y reductiva de la persona humana.

El 2 de Diciembre se celebra, año con año, el Día del SIDA, para informar y sensibilizar a los Gobiernos, instituciones de salud, organismos de la sociedad civil y la población en general, sobre el riesgo y el desafío que representa la infección de VIH-SIDA. Son muchos todavía los temores, miedos irracionales, condenas sin apelación, expresión de

deseo de exclusión y marginación que - desgraciadamente – se oyen de parte de mucha gente. ¡Qué este día nos sirva para cambiar, nuestra percepción del fenómeno y nuestro trato, para que reflexionemos sobre nuestros valores y actitudes frente a la vida!

En un mensaje del 8 de septiembre del 2004, el Papa Juan Pablo II nos dice: “Todos deben sentirse implicados en la lucha contra el SIDA. Sobre este tema, compete a los gobernantes y a las autoridades civiles proporcionar informaciones claras y correctas al servicio de los ciudadanos, así como también dedicar recursos suficientes a la educación de los jóvenes y al cuidado de la salud. Pedimos a los Organismos internacionales que promuevan en este campo iniciativas que, inspirándose en la sabiduría y en la solidaridad, estén encaminadas siempre a defender la dignidad humana y a tutelar el derecho inviolable a la vida... A los agentes de pastoral pido que ofrezcan a los hermanos y hermanas afectados por el SIDA todo el alivio moral y espiritual. A los hombres de ciencia y a los responsables políticos de todo el mundo suplico con viva insistencia que, movidos por el amor y el respeto que se deben a toda persona humana, no escatimen medios capaces de poner fin a este flagelo... La Iglesia sale al encuentro de los heridos por la vida, para ofrecerles el amor de Cristo mediante las numerosas formas de ayuda que la fantasía de la caridad le sugiere para socorrerlos”.